

mocracia norteamericana en las embajadas extranjeras; con el solo fin del engrandecimiento en todos los aspectos del gran coloso del Norte a costa de sus vecinos más débiles.

No es Ramiro Guerra el primero que ha bregado con estos menesteres históricos y políticos. Otros ilustres hispanoamericanos, europeos y hasta norteamericanos se han ocupado de uno o varios tópicos de los cubiertos por el cubano, pero es Guerra quien le da un sentido de unidad a las diferentes variantes de la política de los Estados Unidos hacia la América Latina desde su germinación como nación hasta los días de la política del "buen vecino". Dentro de esa unidad narrativa abarca profusamente desde el encuentro traumático de españoles y anglosajones en los albores de la colonización hasta las sofisticadas maniobras diplomáticas, primero con España y luego con los países más afectados por esas relaciones al sur del Río Bravo, extendiéndose hasta los días que precedieron la Segunda Guerra Mundial. Termina su obra con la profética admonición ya cumplida de que "el puño del 'buen vecino' puede levantarse de nuevo".

Este volumen es una aportación contundente que debe servir de contrapeso iluminador para aquellos que por abulia intelectual o indigestión doctrinaria viven en las tinieblas del asombro.

JUAN RODRÍGUEZ CRUZ

Universidad de Puerto Rico.

OSCAR LEWIS, *La Vida — A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty, San Juan and New York*. Random House, New York, 1966. \$10.00. pp. lii, 669.*

Esta es la última entrega en la impresionante serie sobre el estudio de la pobreza en el mundo del hemisferio occidental, estudio que Oscar Lewis se ha apropiado en forma muy peculiar. Desde luego, la metodología empleada, es decir la de las autobiografías múltiples reforzadas con días típicos observados, en detalle minucioso, el retrato familiar de personas seleccionadas en los arrabales de San Juan y en el Harlem puertorriqueño, no son tan novedosas como a veces se hace ver. Gran parte de estos recursos fueron empleados por Dolci en sus estudios sobre la pobreza en Sicilia, mientras que algunos consisten,

* Esta reseña se publicó originalmente en inglés en el número de septiembre 1967 del *Monthly Review* y fue traducida al español para la *Revista de Ciencias Sociales* por José Emilio González.

como lo admite el propio Lewis, en los resortes tradicionales de la investigación antropológica. Sin embargo, no cabe duda de que Lewis mismo ha refinado hasta la saciedad el método. Y lo que es igualmente importante, no ha dejado que el método se convierta en su señor. Lewis aporta su ingenio, su comprensión y su simpatía, su rara capacidad para entender los secretos de la conducta de las personas, de modo que su obra constituye una sociología verdaderamente imaginativa. Cualquier persona que conozca bien la cualidad árida del trabajo realizado hasta la fecha por los científicos sociales norteamericanos en Puerto Rico, esencialmente deshumanizado por el letargo de la investigación, reconocerá en seguida el verdadero calibre del humanismo sociológico en este volumen. No podemos dejar de acordarnos del comentario que hiciera el extinto Robert Redfield, expresando su delicado disgusto ante la obra, por ejemplo, del grupo de la Universidad de Columbia, resumida en *The People of Puerto Rico*: "¿Pero dónde está la gente?". El distingo que intento formular aquí se puede comprender mejor si cito otra observación, esta vez del profesor Alfred Zimmern, mientras hablaba del socialismo administrativo de los fabianos: "Los Webb"—dijo—"están interesados en los concejos municipales, Graham Wallas está interesado en los concejales." De modo que si en este volumen de Lewis hay mucho que trata, muy apropiadamente, del ambiente institucional, las verdaderas figuras de héroes en el drama social corresponden a las gentes del arrabal-ghetto de San Juan, tal vez no excéntricos en un sentido inglés, pero poseedoras, no obstante, de una personalidad vibrante e intensa muy suya.

En este rico tapiz observamos a los miembros de la familia que lleva el seudónimo de Ríos mientras viven sus vidas cotidianas primero en San Juan y luego en Nueva York. Moran en un mundo hostil constituido por "los guardias", los trabajadores de asistencia social, los negros e italianos de la ciudad, los patronos rapaces (aunque de vez en cuando tenemos vislumbres de patronos judíos con sentido humanitario). Se les "arrincona" interminablemente, de ahí que odien la burocracia y también el tener que sufrir la tiranía del alquiler exigida por el traslado del arrabal al caserío (proyecto de viviendas). Viven de su propio ingenio, aunque esto no excluya el trabajo arduo, cuando lo consiguen, con el mejor espíritu de las virtudes económicas protestantes. Poseen el don genuino de la tolerancia, que ha sido formado inevitablemente por la lucha por la existencia social. Viven sin la avidez del dinero pero con la de la intensidad apasionada del momento que se presenta. Muchos de ellos son individuos brutalizados, vociferantes, toscos. Constituyen, como lo ha señalado un crítico

puertorriqueño, una nueva especie de puertorriqueños, "los puertorriqueños *neo-jet*" muy distintos del gentil pueblo *folk* de la literatura tradicional de Puerto Rico. Pero no se trata de una brutalidad depravada, pues se halla mejorada por los sistemas informales de ayuda mutua que en todas partes los pobres construyen como mecanismo de defensa contra la sociedad de clases, aunque el lamento de Soledad en la sección "Nobody Loved Me" ("Nadie me quería") sobre la envidia y el egoísmo de sus vecinos sugiere que puede haber mucho de mito en lo que se dice sobre la ayuda mutua, a medida que ésta sufre la erosión de las terribles presiones de la lucha por la vida. Es sobre todo una vida nómada, en la que Nueva York todavía desempeña el papel fantástico de Nueva Jerusalén. Ineludiblemente gran parte del libro trata de la triste decepción con aquel sueño. Cuando uno lee la sección "I'd Rather Be in Puerto Rico" ("Preferiría estar en Puerto Rico"), siente de pleno la tremenda tristeza de la nostalgia que aflige al emigrante puertorriqueño como una verdadera enfermedad. Pues el exiliado puertorriqueño claramente odia la experiencia norteamericana —no desde el punto de vista político sino social. Detesta la prisa, la falta de tranquilidad, el mal trato a los ancianos, el discrimin racial, la incapacidad de los norteamericanos, a pesar de su riqueza, para disfrutar. El reproche final al estilo de vida norteamericano consiste en que estos visitantes puertorriqueños, tal como los describe Lewis, abandonan los Estados Unidos tan pronto como pueden y sin mucho afecto por ese país. Prefieren el purgatorio de San Juan al infierno de Nueva York.

Tradicionalmente, como nos lo recuerda Lewis, la literatura sobre los pobres los ha enfocado ya sea en términos de alabanzas, al estilo victoriano, de "los pobres dignos de mérito que se lo merecen", o sea aquellos que serían candidatos aceptables para la graduación en una escuela de la clase media, o en términos de una muchedumbre corrupta, como se ve claramente en el temor a las masas que infectó el credo liberal aún en De Tocqueville y el joven Mill. La virtud del libro de Lewis radica en que no perdona (condona) a ninguno de estos dos enfoques. Por un lado, no adopta el rousseauísmo antropológico que con frecuencia arruina los trabajos de investigación sobre la vida de los campesinos contemporáneos, por el otro, no visualiza el mundo de los pobres como una subcultura mezquina y sórdida que sólo puede ser rescatada mediante la aplicación de las virtudes burguesas. El cuadro real, como la vida real, es contradictorio. Por una parte, este es un mundo durísimo de subclases que nadie, si pudiera elegir, elegiría para habitarlo. Muchos de los tipos-caracteres de Lewis se sienten contentos de vivir en él, es verdad. Pero muchos hablan con

admiración de los valores de la clase media, de las "cosas mejores"; gastan dinero, hasta lo despilfarran, en muebles y ropas. Cuando hay niños y viven establecidas con un hombre, muchas de las mujeres trabajan arduamente en algún empleo. Hay hasta la figura de la "prostituta respetable", como Felícita, que exige "respeto" hasta de sus clientes y que sueña con un nuevo mundo de educación y matrimonio para sus hijos. Es evidente que la tragedia de tales individuos es que, expuestos a la sociedad próspera, están condenados para siempre a aspirar a valores que nunca pueden alcanzar puesto que no poseen, literalmente, poder de regateo alguno en la sociedad adquisitiva. Romantizar su estilo de vida sería el insulto definitivo. Contestarían, si pudieran, que sólo las personas que no tienen que trabajar para ganarse el pan cotidiano son los que pueden hablar irresponsablemente sobre "la dignidad del trabajo".

Por otra parte, aun así, estas gentes no constituyen la escoria de la tierra, excepto para aquellos nuevos grupos de la clase media puertorriqueña cuyo temor morboso de volver a caer en su pobreza anterior explica su reacción estridente y frenética ante la publicación del libro de Lewis. Como Burke recalca: todo el mundo necesita tener alguna compensación por su esclavitud. Nadie puede leer este libro sin sentir un mayor respeto ante los aspectos positivos del estilo de vida de la familia Ríos. Transparece el amor de los padres, los hijos y los amigos. Frente a las decepciones infinitas hay siempre ansiedad de nuevas experiencias, un deseo de contacto humano, la supervivencia de la sagacidad del ingenio (*shrewdness*) y de la inteligencia a pesar de la presión de la ignorancia, la presencia de la salud y del sexo y la capacidad para disfrutarlos, que no han cedido ante la inermidad y la desesperación. En verdad, lo que impresiona al observador es el optimismo irreprimible. Hay fuerte aversión al suicidio junto al apropiado horror católico ante tal práctica. En este retrato social hay, de conjunto, una cualidad rabelesiana y hay secciones enteras del libro que hubieran encantado, por ejemplo a Chesterton. El acto sexual mismo—aun dentro del marco deteriorante de la prostitución—se convierte, por así decirlo, en un himno de alabanza al principio de la felicidad vital y no en la ocasión para hacer análisis solemnes o en un instrumento de revuelta "*beatnik*". Para aquellos puertorriqueños cuyo puritanismo católico se ha ofendido ante la "inmoralidad" del libro, existe la respuesta que diera Chesterton, citada recientemente por un periódico progresista de las Indias Occidentales en defensa del Carnaval de Trinidad, que "si por vulgaridad entendemos rusticidad del habla, comportamiento tosco, murmuración de comadres (*gossip*), bromas de palabra y de acción (*horseplay*) y el mucho consumo de

bebidas alcohólicas, entonces hubo siempre vulgaridad donde hubo alegría, donde hubo fe en los dioses". Contemplar la manera en que la familia Ríos brega con su destino y luego compararla con, digamos, el cuadro de una familia Indooriental en la novela de Naipdól, *A House for Mr. Biswas*, en la que los miembros viven una vida pasiva, incapaces de defender ninguna convicción original del Oriente, incapaces de convertir su tradicional fe hindú en defensa efectiva contra la asimilación cultural, y vulnerables, en virtud de su credulidad colonialista, a las últimas modas ("fad") mentales o sociales que encuentran en la sociedad *picaoon* de Trinidad, es comenzar a apreciar la verdad de que la posesión de la riqueza por sí misma no concede necesariamente a un grupo minoritario el poder de la reacción positiva en su papel social general. Esto equivale a decir que el *ghetto* tiene sus aspectos positivos tanto como negativos. Puede ser, como señalara recientemente Kenneth Clark en su análisis notable del Harlem negro, una larva crisálida (*cocoon*) tanto como una jaula, puesto que concede a sus habitantes el poder inmanente de enfrentarse al desprecio masivo de la sociedad exterior, desdén que el caso del puertorriqueño, se combina con el menosprecio con que el lenguaje del emigrante puertorriqueño es tratado por todos los otros neoyorquinos, incluso los otros grupos minoritarios. Desde este punto de vista, la eliminación de arrabales se transforma en acto de guerra contra el grupo minoritario, pues le roba su vital base emocional. No deja de ser significativo que el libro de Lewis termine con un epílogo en que narra la increíble soledad y aburrimiento que aflige a un miembro de la familia Ríos mientras trata de establecerse en un nuevo caserío a donde ha sido trasladado a la fuerza por las agencias de bienestar social puertorriqueñas.

¿Cuáles son las implicaciones teóricas de todo esto? Lewis trata de exponerlas dentro del marco de lo que él llama "la cultura de la pobreza". Tal como se la define en la introducción, significa, entre otras cosas, una subcultura de gentes plagadas de pobreza que se caracteriza por "la falta de una participación eficaz en las instituciones principales de la sociedad". Enfocada de este modo no deja de parecerse al concepto de "sociedad pluralista" que el antropólogo indo-occidental M. G. Smith tomó de prestado recientemente a Furnivall para aplicarlo a la sociedad polí-étnica de las Indias Occidentales. Hubiera sido interesante que Lewis nos dijera cómo él concibe la "cultura de la pobreza" en relación con el concepto de pluralismo. Pero mirándolo en sus propios términos, sin embargo, hay razones para sospechar que existe alguna discrepancia entre la declaración teórica y la evidencia acumulada de la propia documentación. Pues,

para comenzar, es patente que el mundo descrito por ese documental no es el de una fuerte subcultura normativa que defiende una escala de valores hondamente sentida contra la cultura superior, para no hablar de que sea una especie de contra-cultura que se halla en conflicto abierto con el sistema dominante. Como ya he observado, no hay casi sentimiento alguno de fatalismo social. Tampoco hay mucho, según lo demuestra Lewis, de alienación psicológica. Sus gentes participan del sistema de valores políticos de los puertorriqueños. Hasta participan del sistema de valores norteamericanos. Uno de los episodios más conmovedores del libro describe cómo dos trabajadoras de fábrica puertorriqueñas gastaron todo lo que tenían en un viaje desde Nueva York a Washington para rendir tributo al recién asesinado presidente Kennedy. En el vital campo de las creencias religiosas, que suele figurar entre los primeros donde aparecen los síntomas de la revuelta de grupo, existe, una vez más, un espíritu conservador general, en el que los pobres de los arrabales, como la mayoría de los puertorriqueños de las clases trabajadoras, practican el espiritismo y el culto de los santos populares. Nada hay aquí del espléndido fervor chamanístico de las religiones de culto caribeñas ni nada de la ideología de "regreso al Africa" con que el grupo jamaquino de Rastafar (?) expresa su convicción de que, atrapados en la clase media jamaquina de color (*brown*), son las víctimas de un nuevo Cautiverio de Babilonia del cual anhelan escapar. Lewis observa el vigor de la familia en la situación puertorriqueña. Como antropólogo tiene derecho a su admiración por aquel testimonio de supervivencia institucional. Pero como socialista es posible que a veces se pregunte sobre las implicaciones del hecho de que a lo largo de la historia del pensamiento socialista—desde Platón, a través de los aspectos radicales del Jesús histórico, hasta Marx mismo—siempre ha habido un escepticismo radical frente a la familia como una fuerza básicamente conservadora. Ciertamente, mientras leemos las vidas de la gente de Lewis, Fernanda y Simplicio y Benedicto, se va haciendo claro que su profunda adhesión al vínculo familiar, no empuja todas las agrias disputas, es lo que les impide rebelarse abiertamente contra el sistema del cual son prisioneros inconscientes.

Entonces, si el concepto de "cultura de la pobreza" se concibe como referente a una subcultura virulenta transmitida socialmente intacta, en términos de generaciones, la tesis no parece haber sido probada en este libro. Lo que Lewis conceptualiza aquí como una "cultura de la pobreza" no es mucho más que una cultura espúrea, bastarda, a mitad de camino entre la cultura original, perdida, del pueblo *folk* puertorriqueño y el capitalismo masivo industrial norte-

americano con el cual los pobres de Puerto Rico tienen que llegar a un compromiso, de una manera o de otra. Es posible documentar el surgimiento de una creciente conciencia de clase entre los pobres, como lo ha hecho Thomson recientemente en su obra sobre la clase obrera británica. Empero, se puede dudar de si existe una cultura de los pobres, coherente, viable, separada, cuyos miembros poseen una visión del mundo básicamente distinta a la de la sociedad más amplia. Desde luego, no hay duda de que hay una diferencia de calidad, como lo demuestra la literatura desde Dickens a Orwell. Pero no es cualidad de ideología. Y recalco ésto no porque el concepto sea difícil de encajar en un esquema socialista sino porque la prueba para respaldarlo, en este libro, parece en el mejor de los casos no-definitiva.

La evidencia, tal como la interpreto, revela una vida de lealtades triangulares a la clase, a la raza y a la nación. La lealtad a la clase constituye el eslabón más débil de la cadena y la lealtad a la nación (es decir, a Puerto Rico), el más fuerte. Los pobres de los arrabales odian a los ricos. Pero el abismo que los divide, tal como lo ven, es un destino ya ordenado. Los ricos y los pobres se reúnen amistosamente sólo en los cuentos de hadas. Parejamente, queda excluida cualquier alianza racial con el negro norteamericano porque el puertorriqueño, aunque negro, comparte el más benigno sistema clasificatorio racial del Caribe y encuentra vejaminosa la dicotomía norteamericana de negro-blanco. Y aun cuando siente simpatías por el movimiento de los derechos civiles a menudo siente que se trata de una lucha estrictamente "norteamericana" a la cual no está obligado a unirse. Es más bien el sentimiento de identidad nacional, de ser distintamente puertorriqueños, lo que caracteriza las *dramatis personae* del libro, diferenciándolos del resto de los pobres en los Estados Unidos. Se expresan más fieramente cuando hablan de ellos mismos, no como miembros de una subclase social o como negros, sino como puertorriqueños. Están resentidos por la incapacidad de los norteamericanos de tratarlos como tal. Sienten—y con frecuencia lo dicen con fina dignidad— que existe una cualidad de vida en Puerto Rico que la vida norteamericana, con su prisa desenfrenada y su comercialismo vulgar, no tiene. El hecho de que este sentir se base, por lo menos en gran parte, sobre una romantización obvia de las realidades no disminuye su importancia como elemento positivo en su sistema general de valores. Sobre todo luchan contra el menosprecio general de los norteamericanos hacia su cultura y especialmente su lenguaje: "Si pudiera ser gobernador de Puerto Rico o alcalde de Nueva York por cinco o diez minutos"—declara uno en explosión característica—"co-

gería una pistola y mataría a cada puertorriqueño que se ha olvidado del español”.

Me sospecho que es justamente en este punto que la interpretación de Lewis se extravía. Pues el puertorriqueño en este punto expresa algo que tiene que ver no con su experiencia social sino con su experiencia colonial. En este punto posee un haz de valores vigorosamente sentido. Pero son valores que brotan de la gran herida que el colonialismo en todas partes inflige a sus víctimas: la destrucción implacable de las culturas indígenas y el sentimiento de vergüenza y de culpa engendrado en los coloniales por toda la maquinaria de dominio colonial: gobierno, educación, política y religión. Es un proceso en el cual históricamente han sido cómplices el socialismo europeo y el liberalismo norteamericano. A veces hasta ellos mismos lo han activado. No basta refutar a Fanon como lo hace Lewis al citar la falta de espíritu revolucionario o de ideología radical entre los pobres de San Juan. Pueblos diferentes, aun en el mundo colonial, buscan su salvación por vías diferentes. En lo que atañe a los puertorriqueños, por lo menos en las circunstancias actuales, la vía es la de la revancha cultural, la afirmación, a menudo apenas si medio entendida por ellos mismos, del sentido de la *puertorriqueñidad*. La verdadera curación para la patología cultural que él señala, dice Lewis, como también en sus breves observaciones sobre Cuba, es el socialismo. Pero esto significa que la clave para entender la pobreza puertorriqueña se halla en el hecho de que está ubicada en el marco de la sociedad capitalista norteamericana. Argumentar de este modo no toma en cuenta la relación colonial. En pocas palabras, estas gentes son pobres dos veces: son pobres en la civilización comercial norteamericana y también pobres en el colonialismo norteamericano del Caribe. En vista de que el libro propende a poner el acento sobre la primera dimensión y a subestimar la segunda, creo que se cae en una desproporción fatal de énfasis que no se advierte prestamente por estar obscurecida por la simpatía humanista que el autor siente hacia las víctimas de la situación general.

Otra manera de decir lo mismo es que lo que Lewis nos ofrece aquí es un estudio sobre el colonialismo en agonía. Lewis mismo tiende a verlo, sin embargo, como el precio que los pobres tienen que pagar por la victoria de la civilización industrial, en forma parecida a como las grandes investigaciones de Mayhew, General Booth y los Webbs señalaban colectivamente el precio en el caso del triunfo en la Inglaterra victoriana. Lewis parece sostener que los pobres puertorriqueños aceptan el precio a causa de los valores inherentes a la “cultura de la pobreza”. Frente a este argumento es pertinente

insistir en que: 1) de hecho no aceptan tan pasivamente el precio en el área particular de un sentimiento de identidad nacional por separado, como el libro mismo lo demuestra, y, 2) cuando lo aceptan no es a causa del poder de ciertas fuerzas inherentes en el concepto especial que Lewis ha adoptado (fuerzas, según creo, que jamás son definidas satisfactoriamente) sino a causa de otras fuerzas, por ejemplo, la docilidad inculcada que René Marqués ha descrito o el sentimiento de un complejo de inferioridad colectivo que, de acuerdo con Ricardo Alegría, ha infectado a todos los puertorriqueños de una manera u otra. Esas otras fuerzas, además, son el legado de la experiencia colonial puertorriqueña, y éste es el punto crucial. Se podría argüir que la misma intensidad con que el puertorriqueño afirma su *puertorriqueñidad* es una expresión del complejo de inferioridad, pues un grupo social que en verdad posee seguridad de sí mismo no siente la necesidad de anunciarlo públicamente. Quizás esta es la razón por que los norteamericanos se elogian ellos mismos mientras que los ingleses meramente dejan que otros los elogien.

De modo que el efecto principal de este volumen extraordinario es que, como lo ha indicado un humanista católico, no llega a formular ningún juicio realmente positivo sobre los pecados cometidos por el sistema social norteamericano contra los desheredados coloniales. Contradice a aquellos académicos norteamericanos, como Tumin y Feldman en su optimista libro *Social Class and Social Change in Puerto Rico* que dan su respaldo a los vendedores de la imagen oficial del Gobierno del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, pero Lewis mismo se une al coro de aclamaciones a la "Operación Manos a la Obra", cuando la sombría realidad de la evidencia es que descubre un acta de acusación tremenda sobre el alto costo social que muchos puertorriqueños han tenido que pagar por la alianza entre las corporaciones norteamericanas y la clase política colonial de Puerto Rico. (Ese costo será tal vez mayor que lo que Lewis sugiere, si hay que creer los recientes hallazgos de trabajadores sociales puertorriqueños como Rosa Marín). El éxito mismo del libro de Lewis indica, en forma peculiar, el *modus operandi* del sistema colonial, pues el colonialismo en todas partes denigra el producto local y magnifica el metropolitano, de manera que los libros por los autores metropolitanos reciben vasta atención mientras que los libros por los autores nativos—en este caso particular, el trabajo, por ejemplo, de científicos sociales puertorriqueños como Edwin Seda sobre los procesos de brutalización y de culturación en la vida insular—son pasados por alto. El lector que desea tener un cuadro más completo de la situación querría ver más de lo que se dice en este libro sobre los componentes específicamente puerto-

rriqueños de la situación. Después de todo, hay algo especial sobre la vida popular en el Caribe, las *specificae differentiae* de la existencia tropical que ayuda a explicar cómo y por qué viven los pobres. En el caso particular de Puerto Rico muchas de las características mostradas en el documental de Lewis—el buen humor, el orgullo en los modales, la exigencia de “respeto”, la disposición a trabajar dentro del sistema, la riña mímica que en realidad no envuelve violencia destructiva—son rasgos generales que pertenecen a la mayor parte de los grupos sociales en la medida que devienen históricamente, procedentes de un tronco común en la tradición *folk* del pueblo puertorriqueño durante los últimos dos siglos. No son éstos simplemente los rasgos idealizados que solemos encontrar en la literatura nacionalista puertorriqueña. Desempeñan un papel vital funcional como defensas terapéuticas, como cuando familias como la familia extensa de los Ríos aprenden la lección de la supervivencia en el moderno estado industrial.

Desde luego Lewis podría sostener que él ha deseado que el record hable por sí mismo. “Mi obligación mayor” —ha dicho en otra parte— “es dar voz por primera vez a estas pobres gentes”. Y así los vemos aquí como personas de carne y hueso, no como los renglones deshumanizados de la sociología estadística. Hablan por sí mismos. Expresan sus vidas impulsivas, eudemonistas en formas que hubieran sido reconocidas inmediatamente por el Père Labat, aquel irreprimible cronista de la vida caribeña en el siglo XVIII. Todo esto es admirable, pero no basta. Pues la experiencia social, no importa lo rica que pueda ser en su concreción inmediata, exige a la postre alguna forma de análisis interpretativo. Exige algo más, la percepción de las posibilidades de cambio, de las posibles vías de escape del presente hacia el futuro, de los recursos disponibles actualmente como instrumentos de cambio. El pintor social debe convertirse en el teórico social, pero aún más: francamente debe tratar de identificarse con aquellas fuerzas que, sobre la base de la evidencia encontrada, prometen ser las guías hacia un mundo nuevo y mejor. Por vía de ejemplo comparativo, uno piensa en los Hammond, en sus libros clásicos sobre la vida y el espíritu de las clases obreras inglesas entre 1760 y 1832, y cómo supieron entrelazar el detalle del record con su propia conciencia, basada en su socialismo clásico, de en qué medida la comunidad pre-industrial, con todos sus defectos, había sido innecesariamente destruida por la victoria del individualismo capitalista. Tampoco es suficiente creer que la mera publicación de un libro de desenmascaramiento social (*social exposure*) se enfrenta realmente con el problema. (Aunque Lewis niegue que este volumen realice labor de desenmascaramiento social,

a eso equivale, realmente). Pues los libros no derrocan el ordenamiento social. Un sacerdote que ha trabajado con los pobres de San Juan llamó recientemente la atención a los lectores del libro de Lewis sobre el hecho de que cuando se publicó años antes del libro de Wenzell Brown *Dynamite on our Doorstep* se temió que destruyera el "prestigio" de la isla. Tales temores resultaron infundados. En resumen, Lewis ha puesto al descubierto la enfermedad de la sociedad puertorriqueña, pero ha hecho muy poco para escribir la receta que la cure.

GORDON K. LEWIS*

* Catedrático de Ciencias Sociales en la Universidad de Puerto Rico.